



Quiso caber en el vientre de su Sacratísima Madre

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Santa Teresa siempre vivió en sus conventos con mucho énfasis las fiestas de la Navidad, y contempla con estupor el misterio de la Encarnación. Que Dios se haya podido hacer hombre marca toda su vida y su doctrina. Le impresiona el amor de Dios que se abaja y llega hasta nosotros para vivir con los hombres, a través de la Virgen que lleva dentro de sí al Niño Jesús.

«¡Qué cosa de tanta admiración, quien hiciera mil mundos con su grandeza, encerrarse en cosa tan pequeña! Quiso caber en el vientre de su Sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida» (Camino de Perfección -autógrafo de El Escorial- 48,11).

«Humildad, humildad: por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de Él queremos» (4 Moradas, 2)

Todo en la vida de Jesús es importante, y una vez que hemos decidido contemplarle en ejercicios, tenemos que meditar sobre su vida y doctrina para poder ver en sus misterios lo divino y profundamente humano de todo lo que hizo el Verbo encarnado. Y podamos ver cómo cada uno de ellos contiene su enseñanza propia, cómo nos comunica luz para nuestras almas y es fuente de alguna gracia particular cuyo fin principal es el de formar a Jesús dentro de nosotros, que es otro remedio para convertirnos. Con los misterios de la infancia: «*Si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos*» (Mt 18,3).

«Como si presente me hallase». Esta es la expresión de San Ignacio (E.E. nº 114). Así quiere también Santa Teresa que nos acerquemos a contemplar el misterio del nacimiento de Jesús.

«¡Secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestro entendimiento y pensar que para entender las grandezas de Dios no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: ¿Cómo será esto? En diciéndole: El Espíritu Santo sobrevendrá en ti; la virtud del muy alto te hará sombra. ¡Si aprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!» (Conceptos del amor de Dios 6,7).

Sigue siendo eficaz meditar los misterios de Jesús. Es verdad que si miramos el momento histórico en que sucedieron los misterios, pasó hace mucho tiempo. Pero continúan siempre obrando en nosotros. En el Catecismo podemos leer: «*Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22.2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con Él: nos hace comulgar en cuanto miembros de*



su Cuerpo en lo que Él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro»¹. Nosotros podemos decir con San Ignacio «como si presente me hallase»: porque en cada uno de ellos, se vuelve a hacer presente espiritualmente y se reciben las mismas gracias.

[...] El Señor no vino al mundo solamente para los habitantes de Palestina que le conocieron, sino por todos los hombres de todos los siglos. Decimos en el Credo: «Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen». La Encarnación es una obra de amor de parte de Dios al hombre, un amor inexplicable: «Dios envió a su propio hijo en carne semejante a la del pecado» (Rom 8,3). Ese intercambio entre Dios y el hombre, esa bajada de Dios a la tierra, «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», es lo más grandioso que existe en el mundo. Si el Verbo se hizo carne, entre los hombres hay un hombre que es Dios. Ha venido a decirnos que nos ama, a transformarlo todo si de verdad nosotros lo acogemos. ¡Esto nos debería cambiar!

Después de haber meditado sobre la realidad que nos aparta de Dios, el pecado, nuestra alegría es que se ha compadecido de nosotros, de nuestra rebeldía, y se ha hecho presente, haciéndose hombre semejante en todo, excepto en el pecado (Heb 4,16). «Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1Jn 4,10).

La entrada de Jesús en la tierra comienza con la Encarnación, la decisión de Dios de salvar el mundo –hagamos redención del género humano– y la manera de llevar a cabo este decreto divino que tuvo lugar en Nazaret: Jesús se hace hombre gracias a la aceptación por la Virgen María del plan de la Santísima Trinidad sobre ella.



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

¹ Catecismo, nº 521.